

“Contemplando a Jesús con María en la Biblia”

*Discurso Presentado en la Procesión Arquidiocesana Anual del Rosario
el 11 de octubre de 2014*

Introducción

Siempre nos da alegría contemplar los misterios de nuestra fe al rezar el Santo Rosario de nuestra Santísima Madre. Vemos cómo se van desarrollando los misterios de nuestra fe en las vidas de nuestro Señor y de nuestra Señora, así como cuando leemos sobre sus vidas en las Sagradas Escrituras.

El Significado de Misterio

Pero antes de que podamos entender lo que significa meditar en los misterios de nuestra fe, primero necesitamos entender que significa “misterio.” En la opinión de muchos y en la lengua popular, se considera que un misterio es solamente una pregunta a la que nadie sabe la respuesta. En la Biblia, sin embargo, y en la lengua de fe, un misterio es algo muy diferente. Un misterio es algo escondido por Dios, pero que Dios revela más tarde. Dios nos revela estos misterios en Su propia manera y a Su propio tiempo. Una manera en que vemos esto es en el desarrollo de nuestro entendimiento de la profundidad y abundancia de la fe que Cristo reveló a sus apóstoles y les confió para que la protegieran y enseñaran. Bajo la dirección del Espíritu Santo, dado por Cristo en Pentecostés, la Iglesia, a lo largo de los 2,000 años de su historia, ha sido capaz de explicar con más profundidad y claridad las verdades de nuestra fe, cuando éstas han sido puestas en duda y cuestionadas en diferentes circunstancias culturales, políticas y sociales.

Otra manera en que el Espíritu nos guía en el camino de toda la verdad es en la eminente gracia y privilegio de las revelaciones privadas que Él ha concedido a unos cuantos creyentes, y que han sido después aprobadas y aceptadas por la Iglesia universal como un modo de aumentar nuestra fe y devoción. Podemos pensar, por ejemplo, en Santa Margarita María Alacoque y la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, o en Santa María Faustina Kowalska y la devoción a la Misericordia Divina. De hecho, lo que hacemos hoy, rezar el rosario y promover el entendimiento del gran poder de esta oración, se origina en una revelación privada: fue la Santísima Virgen quien reveló el rosario a Santo Domingo, dándole a entender que sería una de las armas más efectivas contra dificultades y errores futuros.

Sin embargo, la plenitud de lo bueno que Dios nos ha escondido será revelado solamente al final de los tiempos, cuando Él lleve toda la historia a su consumación. Mientras tanto, mientras la Iglesia peregrina en el tiempo de este mundo a ese gran final encuentro eterno, Dios usa de estos tipos de revelación para mantener a la Iglesia en el camino de la verdad, al igual que para ayudar y motivar a sus hijos a avanzar en santidad, aun cuando enfrentemos tentaciones y obstáculos del maligno y del mundo. Pero en la realidad, Dios ya nos ha comunicado Su última palabra de revelación: la

Palabra hecha carne, Su hijo Jesucristo, quien se hizo carne en el vientre de su Virgen Madre, para comunicarnos Su palabra final de amor y de perdón.

Una Oración Bíblica

Dios es quien cumple todas las oraciones y aspiraciones de los hijos de Israel. Por eso la Iglesia, desde el principio, se ha juntado con sus antepasados en la fe rezando el tesoro más precioso de oraciones que los judíos de la antigüedad nos han legado: los Salmos. Y es así, como cada uno de los misterios tradicionales del Rosario – Gozosos, Dolorosos y Gloriosos – está compuesto por diez Ave Marías, y suman un total de 150. El rosario tradicional completo corresponde a los 150 Salmos del Salterio, y nos guía en una meditación del Misterio Pascual – la Encarnación, Pasión y Muerte, y Glorificación del Señor. Efectivamente, es esta meditación bíblica que es la base de la oración del rosario, de tal forma que el rosario es, en su esencia, una oración bíblica. Aunque esto tenía una importancia particular en épocas pasadas, cuando el analfabetismo era mucho más común que ahora, sin embargo, el rosario sigue manteniendo este valor para nosotros hoy en día. Debemos recordar, al fin y al cabo, que la Biblia es la narración de la revelación de Dios a nuestros antepasados judíos desde la antigüedad y a los primeros cristianos, quienes empezaron la proclamación de la Buena Noticia por todo el mundo.

Como sabemos, en su Carta Apostólica sobre el rosario, *Rosarium Virginis Mariae*, San Juan Pablo II nos dio unos misterios adicionales, los “Misterios de Luz” o “Misterios Luminosos,” los cuales nos enfocan en momentos significados de la vida de nuestro Señor durante Su ministerio público. Mientras que en la forma clásica de rezar el rosario, nuestra meditación va desde la infancia y vida escondida de nuestro Señor en Nazaret hacia Su pasión y muerte al fin de su vida terrenal, San Juan Pablo nos ha ofrecido esta nueva colección de misterios como un modo de incluir en el ritmo de nuestras meditaciones ciertos momentos privilegiados durante el tiempo que nuestro Señor pasó preparando al mundo para la Palabra definitiva de perdón y de esperanza que Su Padre comunicaría con la muerte y resurrección de Su hijo. Como él dice, “Cada uno de estos misterios *revela el Reino ya presente en la persona misma de Jesús*” (RVM 21).

Y por lo tanto, podemos ver algo más en los misterios, que son el objeto de nuestra meditación al rezar el rosario. Podemos ver que tienen un cierto carácter sacramental. Es decir que, más que maravillas y milagros, más que una ventana que podamos abrir para mirar por ella la verdad divina, los misterios del Santo Rosario nos hacen presente la verdad. El amor de Dios se encarna para nosotros en estos momentos de revelación, que son los misterios en las vidas de nuestro Señor y nuestra Señora.

Conclusión

Fue por ella, la Santísima Virgen María, que el amor de Dios se hizo carne en el mundo, en la humanidad de Su hijo Jesucristo. María, más que todos los otros, es Su

hija *por excelencia*, a quien Él dio el privilegio de una revelación privada, una que cambiaría el mundo, no solo por toda la historia, sino por toda la eternidad.

En esta oración muy bíblica que es el rosario, entonces, nos enfocamos en María, para que ella pueda dirigirnos a su Hijo; lo hacemos para contemplar con ella el misterio de nuestra salvación mientras se desarrolla en los misterios de sus vidas.

El rosario también es, como nos enseña San Juan Pablo II, una “escuela de María,” una escuela en que “el pueblo cristiano *aprende de María* a contemplar la belleza del rostro de Cristo y a experimentar la profundidad de su amor” (RVM, 1).

Contemplamos con María como se desarrollan los misterios en la vida de su Hijo y en la de ella misma, con ella quien, “Guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón” (Lc 2:19; cf. 2:51). Por lo tanto, grabemos en nuestro corazón las palabras con que San Juan Pablo nos exhorta al acudir a María para llevarnos más cerca de su Hijo rezando esa oración bíblica que es el rosario, el cual en su amor nos ha dado a nosotros, sus hijos:

Una escuela, la de María, [es] mucho más eficaz, si se piensa que Ella la ejerce consiguiéndonos abundantes dones del Espíritu Santo y proponiéndonos, al mismo tiempo, el ejemplo de aquella ‘peregrinación de la fe’, en la cual es maestra incomparable. Ante cada misterio del Hijo, Ella nos invita, como en su Anunciación, a presentar con humildad los interrogantes que conducen a la luz, para concluir siempre con la obediencia de la fe: ‘He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra’ (Lc 1, 38).